Rencor: breviario de podredumbre[1]

Por Hernando Urriago Benítez
Profesor Universidad del Valle

El lector cierra sus ojos y evoca, de golpe, la frase contundente que Abundio Martínez, ya muerto, le dice a Juan Preciado acerca de su padre, un tal Pedro Páramo: *Es un rencor vivo*. Este hipotético lector regresa a las páginas donde la mulata de tal llamada Keyla narra la cartografía del rencor que a sus afanosamente vividos dieciséis años han trazado en ella el abuso, las violaciones recurrentes, la pobreza y el rebusque de la piel y de la sangre en una ciudad que aparece con todo su dolor y toda su legendaria aunque siempre soslayada podredumbre: Cartagena de Indias, en el año de gracia 2006.

Keyla, narradora de *Rencor*, la más reciente obra de Óscar Collazos, confiesa ante una cámara la vertiginosa trayectoria de la herida abierta que ha sido su vida de adolescente prostibularia en la otra Cartagena, amurallada por la desazón, el desplazamiento y el estiércol. Mientras la cámara registra su rostro prematuramente envejecido, en su relato desfilan las diversas máscaras del miedo, que una vez tiene la forma del papá que la viola a los nueve años o de Fercho Monterrosa, el malandro de malandros, y que en otras adquiere la fisonomía de una champeta —vale decir cuchillo— o de un changón imaginario amenazando el escaso sosiego de sus míseros días mal vividos en el emergente suburbio Nelson Mandela, que ella no duda en ubicar exactamente en el "culo de la ciudad".

Óscar Collazos ha publicado *Rencor* después de fabular la historia de otras de sus dos heroínas: Erika Muñoz, la modelo asesinada, y Verónica Oropeza, protagonista de *Batallas en el Monte de Venus.* Como ellas, Keyla se debate entre la basura y el amedrantamiento dentro de un espacio tan ficcional como real que revela el drama íntimo y público

[1] Collazos, Óscar. *Rencor*. Bogotá: Planeta-Seix Barral, 2006.

de un mundo social, económico y político tejido a machetazos y en el cual parece haber cada vez menos territorio posible para la mancha de desheredados que se agolpa en las calles de ciudades como la Cartagena del elegante y excluyente barrio de Castillogrande; de la Plaza de los Coches y del Parque del Centenario; de las murallas —en cuyos recovecos los amantes furtivos engendran más pobreza— y del Parque de los Dulces; de Bazurto y de Getsemaní. De ahí que *Rencor* sea no sólo la novela de la niña hija del estupro sino también la cartografía de una ciudad en cuyas entrañas se cuecen las más inhumanas contradicciones.

En el fondo de toda novela prevalece la indagación que su autor hace sobre algunos de los múltiples acontecimientos que dan vida a su temporalidad. Óscar Collazos encuentra esas respuestas a partir de su propia andanza por la Cartagena en la que escribe relatos y columnas que abominan el racismo, el machismo, los instintos despóticos, los reduccionismos de extrema izquierda y extrema derecha, "todas estas aberraciones de la pasión política se manifiestan aquí como reflejos de un país podrido de conciencias armadas", según dice en otro de sus textos.

Óscar Collazos logra escribir la novela de la Cartagena moderna, aquella que —según anota él mismo en un ensayo reciente— finalmente aparece en el imaginario novelesco en su "nueva complejidad polifónica". Y así como Keyla recuerda haber mirado en un espejo roto sus senos y sus caderas hartas veces visitadas por su padre, por clientes noctámbulos y por don Ricardo, su benefactor de Castillogrande, así mismo ese basilisco urbano que se alimenta de mote de queso, del mohoso maquillaje de sus reinas de belleza y de la espesa sopa de rabia y dolor que engullen sus alcantarillados de emergencia, aparece de golpe ante el lector gracias a una prosa pulcra y puntillosa donde se tejen y destejen los días de Keyla Rencor mientras afuera el mundo espera con afán su piel, una herida abierta donde la ciudad y el país pueden mirarse sin pudores y sin los moralismos de los discursos oficiales que legitiman la insalubridad, la exclusión y la limpieza social. Señalar estos y otros asuntos en la más reciente obra de Collazos seguramente será trabajo de una crítica literaria contextualizada y secular, con "cierto sentido agudo de lo que los valores

políticos, sociales y humanos llevan consigo en la lectura, producción y transmisión de todo texto", como bien dejó sentado Edward Saíd.

Siguiendo a Paul Ricoeur, bien podemos decir que *Rencor* cumple con su función simbólica al ampliar icónicamente una realidad donde esa "mulata café con leche" que hoy empezamos a conocer bajo el nombre de Keyla, cuya mamá muere de cáncer, cuyo padre termina mordiendo el polvo y bien muerto en las agitadas aguas de un caño, y cuyos hermanos huérfanos recoge Bienestar Familiar, abandera la enorme estirpe condenada a cien años de rencorosa inhumanidad; a muchos años más de ese rencor vivo en la garganta de una tal Keyla Rencor.